



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 8 DE SEPTIEMBRE DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

El aforismo de la verdad

UN CUENTO NUEVO

OLGA DE LEÓN G.

El día que ya no esté en este mundo transitorio y alegórico a la vez, será que me he ido al país de los cuentos, de las historias fantásticas e increíbles, y por lo mismo, más atractivo que este en el que la gente vive y muere pensando y preocupándose por el futuro, por un mañana que no sabemos si veremos algún día o si ya habremos muerto para cuando el futuro nos alcance.

Acelero el paso y voy en busca de los cuentos de antaño, los que nunca mueren, los que nos contaron de pequeños y nosotros contamos a nuestros hijos y seguramente, ellos contarán a sus hijos, si es que nosotros, sus abuelos, no alcanzamos a hacerlo, porque ese tirano que es el tiempo nos madrugó y nos llevó antes de lo pactado con el cielo y todos los ángeles que pudieran venir a recogerlos.

Así que vayamos recordando y reviviendo historias, a ver si esta no suena muy familiar:

“En un país muy lejano, uno que había sido hechizado por las brujas de cierto lugar perdido en lo más recóndito del bosque, del que muy pocos conocían su existencia, vivía una familia con sus cuatro hijos varones, una única hija (hermosa doncella), cinco perros, una cuadrilla de potros y potrillos, algunas aves para la reproducción y alimentación sana de todos los miembros de la nobleza y tantos más animales, como los que en cualquier rancho de potentados, existen: reses, cabras, ovejas, y otros: amén de la servidumbre necesaria para atenderlos como a reyes, duques y príncipes que eran los que a dicha familia pertenecían y los que de cuando en cuando los visitaban (parientes y amigos).”

Este cuento, me parece que será el elegido para contar hoy; pues no me parece conocido, y si me gusta para que resulte -por lo menos- entretenido. A ver si en el trayecto voy recordando algunos datos más; o, en su defecto, iré inventando la historia que, a fin de cuentas, lo que pretendo es contar... Un cuento nuevo, surgido de uno antiguo y tan viejo que nuestros lectores no lo hayan escuchado ni leído, no antes de hoy.

El hechizo de las brujas había consistido en que todos aquellos que allí vivían, y los que llegaron a radicarse en dicho lugar, se quedarían para siempre en la edad que tenían cuando la quinta luna y el sexto sol se hubiesen alineado con los vientos del futuro que jamás llegarían a ser, pues todo se paralizaría, de suerte que solo existiría el presente. Las brujas anularon la rueda del tiempo. Hoy, sería por siempre solo hoy.

Los hijos varones de los reyes eran un par de cuates, dos de ellos; los otros dos eran gemelos, los cuatro eran mayores que la hija, quien a la sazón tenía trece años; los cuates recién se hallaban en el dintel de la mayoría de edad, de acuerdo a sus tiempos, al siglo en que esta historia acontece, es decir, tenían diecisiete años; y los gemelos contaban con quince años. Y aunque lo de las edades podía parecer intrascendente, no lo era.



Explicaré por qué: los mayores nunca llegarían a heredar el trono, jamás sería ninguno de ellos rey. La princesita no conocería la ilusión del amor ni la caricia del amor, a menos que rompiendo toda ley y regla del reino y de la moral de su tiempo huyera con algún varón o se arrojará a la aventura con cualquier gitano o desconocido que llegara al reino.

Los gemelos eran el futuro en el presente, pues ellos podían hacer uso del camuflaje y aparentar una identidad distinta: intercambiar roles e intentar romper el hechizo de las brujas, escapando del presente por una ventana, para ir al futuro, cuando los vientos soplaran al revés, de Sur a Norte, lo que acontecería en tres lunas más y cuatro soles, cuando podrían cumplir, ellos y solo ellos, dieciocho años.

Así fue como los hermanos menores fueron coronados ambos como reyes, y de inmediato decretaron la nulidad del hechizo de las brujas, permitiendo que en el mundo, los viejos llegaran a viejos gozando de salud y tiempo para morir poco a poco, sin ser eternos.

La princesita se convirtió en una bella dama, una mujer joven que podía aspirar a amar y ser amada. Los hermanos mayores fueron los que tuvieron que dar el mejor ejemplo de respeto a la nueva modalidad del mundo dirigido por sus hermanos menores que ellos, los gemelos. Convirtiéndose en consejeros de los reyes.

COROLARIO:

Este ha querido ser un cuento nuevo. O, usted, ¿qué piensa? Tiene el privilegio de cambiar la historia, contarla de un modo diferente... O, echarla a la basura. Yo, lo que hice fue divertirme, atorada a ratos; pero, gozando: amo escribir. Por fin, ¡rompí el hechizo de las brujas!

VIVO LA VIDA QUE TENDRÁS

QUE SEGUIR

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Había renunciado a mi trabajo como economista en el gobierno federal. Eso no era lo importante, sino que la situación estaba muy estresada en casa. Teníamos un contrato por un departamento en la Roma Norte, el cual vencía en ocho meses. Mi esposa no sabía si yo contaba con el dinero suficiente para enfrentar el compromiso de la renta. Si lo tenía, pero no lograba expresárselo con seguridad. O, tal vez, a ella le preocupaba qué sucedería al concluir el contrato del departamento de ese año. Su madre era nuestro aval y eso, le preocupaba.

Le había mentido a mi esposa diciéndole: “Me despidieron”, pero pronto descubriría ella que, en realidad, nadie me había pedido la renuncia, sino que yo había dimitido por iniciativa propia. Estaba cansado de la mediocridad de mi trabajo, donde simple y sencillamente, no me veía futuro. La constante de mi vida era brillar entre un grupo pequeño, siempre viviendo una vida de muy bajo perfil. Quería encontrarle a aquello una solución. Deseaba hacer cosas que en ese momento me parecían más importantes, más trascendentales, como seguir mi sueño abandonado en la juventud: componer música. ¿Podía regresar el tiempo y lograr los anhelos que había dejado a los dieciséis años? ¿Tendría una segunda oportunidad?

Como ya he dicho, el matrimonio estaba en crisis, o al menos se acercaba vertiginosamente a una. El dinero. Mi esposa trató de encontrarme un lugar en la escuela donde ella enseñaba: le propuso a su directora que me contratara como profesor de apreciación musical o de música. Pero pronto hubo algunas señales indicando que, para la institución, no funcionaría, por lo menos no con el sueldo que yo les proponía. Mi mujer estaba agotada y necesitaba unas vaca-

ciones. Yo ya las tenía. Ella pagó la renta de una casa en San Miguel de Allende con el fin de que fuéramos a pasar el Año Nuevo allí. Nos trasladamos en su carro y llevamos a nuestras mascotas.

Mi mujer, desde que la conocí, siempre leía mucho. Se deleitaba con memorias y ficciones. Por aquel entonces disfrutaba de la historia de Madame Bovary de Gustave Flaubert. Leía en inglés. De pronto paraba y colocaba el libro en su regazo para platicarme de los nuevos desarrollos de la historia, según los iba descubriendo poco a poco. Yo, por mi parte, hojeaba un par de textos sobre educación musical. Perseguía la idea de establecer una escuela de música para niños.

Para el viaje a San Miguel de Allende, compré una tarjeta nueva para mi cámara fotográfica, con una capacidad de memoria enorme. Los primeros días realicé alrededor de seiscientos disparos y entonces la tarjeta falló. Nunca pude recuperar aquellas fotografías. Perdí las horas de búsqueda y encuentro con sujetos admirables. Coloqué la antigua tarjeta y seguí usando la cámara. No me desanimé. Seguí caminando por la plaza central de San Miguel mientras mi mujer daba sus propias vueltas. Fue entonces que me encontré con un excompañero de trabajo de los tiempos en que fui parte de la oficina de auditorías en la autoridad fiscalizadora del país.

A él le dio gusto verme y a mí, encontrarlo a él. Le conté que había dejado mi trabajo con nuestro antiguo jefe y que ahora me dedicaba a dar clases de Apreciación Musical. “Nos contó Mario”, me dijo él, para luego platicarme una anécdota que alivió mi corazón de las penurias que estaba viviendo en ese momento en mi vida privada. Me dijo que había estado en la última cena que año con año, le celebraba el grupo cercano por su cumpleaños a nuestro jefe. Mario contó que me extrañaba en su nuevo trabajo, en el que lidiaba con temas de lavado de dinero. “No había nada que no le pudieras pedir a Carlos. Era hábil para trabajar cualquier tema: desde estudios sobre finanzas públicas, a modelos para detectar corrupción entre corredores de la bolsa de valores. Se ha metido en todo: Narcotráfico, competencia económica, programas sociales, inversión extranjera... caray, hasta en la música, que es en lo que ahora anda”.

Le agradecí al excompañero que me hubiera contado la anécdota. “Eres perfecto”, me dijo. “De ninguna manera”, respondí y recordando su afinidad religiosa, le dije, casi citando al pie de la letra: “No se te olvide: La riqueza de su gracia hizo sobreabundar para con nosotros el misterio de su voluntad, según su beneplácito”. (Efesios 1: 7-8). “Te refieres a El Amado”, me dijo sorprendido. Y le respondí: “Entre la fornicación, la inmudicia y la avaricia, elijo la primera. Renuncio, por tanto, a ser Santo. Más también elijo la herencia en el Reino de Cristo y de Dios, pues pago el precio: Renuncio a toda idolatría. (Efesios 5: 3-5).



Francisco de Quevedo

(Madrid, 1580 - Villanueva de los Infantes, España, 1645) Escritor español. Los padres de Francisco de Quevedo desempeñaban altos cargos en la corte, por lo que desde su infancia estuvo en contacto con el ambiente político y cortesano. Estudió en el colegio imperial de los jesuitas, y, posteriormente, en las Universidades de Alcalá de Henares y de Valladolid, ciudad esta donde adquirió su fama de gran poeta y se hizo famosa su rivalidad con Góngora.

Seguendo a la corte, en 1606 se instaló en Madrid, donde continuó los estudios de teología e inició su relación con el duque de Osuna, a quien Francisco de Quevedo dedicó sus traducciones de Anacreonte, autor hasta entonces nunca vertido al español. En 1613 Quevedo acompañó al duque a Sicilia como secretario de Estado, y participó como agente secreto en peligrosas intrigas diplomáticas entre las repúblicas italianas.

De regreso en España, en 1616 recibió el hábito de caballero de la Orden de Santiago. Acusado, parece que falsamente, de haber participado en la conjuración de Venecia, sufrió una circunstancia caída en desgracia, a la par, y como consecuencia, de la caída del duque de Osuna (1620); detenido, fue condenado a la pena de destierro en su posesión de Torre de Juan Abad (Ciudad Real).

Sin embargo, pronto recobró la confianza real con la ascensión al poder del conde-duque de Olivares, quien se convirtió en su protector y le distinguió con el título honorífico de secretario real. Pese a ello, Quevedo volvió a poner en peligro su estatus político al mantener su oposición a la elección de Santa Teresa como patrona de España en favor de Santiago Apóstol, a pesar de las recomendaciones del conde-duque de Olivares de que no se manifestara, lo cual le valió, en 1628, un nuevo destierro, esta vez en el convento de San Marcos de León.

Como literato, Quevedo cultivó todos los géneros literarios de su época. Se dedicó a la poesía desde muy joven, y escribió sonetos satíricos y burlescos, a la vez que graves poemas en los que expuso su pensamiento, típico del Barroco. Sus mejores poemas muestran la desilusión y la melancolía frente al tiempo y la muerte, puntos centrales de su reflexión poética y bajo la sombra de los cuales pensó el amor.

A la profundidad de las reflexiones y la complejidad conceptual de sus imágenes, se une una expresión directa, a menudo coloquial, que imprime una gran modernidad a la obra. Adoptó una convencida y agresiva postura de rechazo del gongorismo, que le llevó a publicar agrios escritos en que satirizaba a su rival, como la Aguja de navegar cultos con la receta para hacer Soledades en un día (1631). Su obra poética, publicada póstumamente en dos volúmenes, tuvo un gran éxito ya en vida del autor, especialmente sus letrillas y romances, divulgados entre el pueblo por los juglares y que supuso su inclusión, como poeta anónimo, en la Segunda parte del Romancero general (1605).

En prosa, la producción de Francisco de Quevedo es también variada y extensa, y le reportó importantes éxitos.

Sobresalió con la novela picaresca Historia de la vida del Buscón, llamado don Pablos, obra ingeniosa y de un humor corrosivo, impecable en el aspecto estilístico, escrita durante su juventud y desde entonces publicada clandestinamente hasta su edición definitiva. Más que su originalidad como pensador, destaca su total dominio y virtuosismo en el uso de la lengua castellana, en todos sus registros, campo en el que sería difícil encontrarle un competidor.

ad pedem literae

Puedes dar un mejor sermón con tu vida que con tus labios
Oliver Goldsmith

Letras de buen humor

Si quieres que te sigan las mujeres, ponte delante

Francisco de Quevedo

Mónica Lavín

El tostón de la UAM

Se cumplen 50 años de que la Universidad Autónoma Metropolitana fue fundada, y quienes somos egresados de la primera generación y también la segunda de la unidad Xochimilco hemos sido invitados a la ceremonia celebratoria. Me llena de júbilo haber nacido como universitaria en una institución que se estrenaba con el fin de ofrecer educación pública y descentralizada en varios puntos de la capital, y que ha crecido en este medio siglo con extraordinaria planta, modernidad y calidad.

Hace cinco décadas pusimos pie en la unidad Xochimilco quienes íbamos a estudiar diversas carreras y nos encontramos con la sorpresa de un paisaje semi rural, vacas pastando al borde de un canal y de difícil acceso vía transporte público. Sobre todo la enorme, pero cálida sorpresa, es que no había edificios como tales sino aulas provisionales que acertadamente nombramos "gallineros" y las canchas de básquetbol que fueron mi piso y mi cielo mientras jugué con el uniforme azul por "Las ranas" contra los equipos de las otras unidades, para el fin formar una selección de la UAM que pudo competir en los nacionales de básquetbol femenino. El espíritu de quienes entramos en el año de 1974, una década interesante en la ilusión de utopías y transformaciones, se reflejaba en el programa educativo que nos sorprendió con la integración de materias de todo tipo relacionadas con el impacto social. El sistema modular era privativo de la unidad Xochimilco, algunos maestros lo abraza-

ban entusiasmados por su concepción y otros se acobardaban porque tenían que ir más allá de su especialidad. Conejillos de indias o no, en el tronco común conocimos a quienes iban a estudiar diferentes disciplinas, en el tronco divisional nos sentíamos más en nuestro terreno hasta que llegó el momento de entrar a la licenciatura de cada cual. Yo había elegido la UAM porque ofrecía Nutrición. (Los caminos de la vida son inciertos, tengan la seguridad.) Me gustaba la idea de conocer la bioquímica de los alimentos y las transformaciones que constituían nuestro tejido corporal, nuestra salud, nuestros movimientos. Pero al concluir el tronco divisional, no se implementó la carrera de mi elección. Había dos opciones: medicina o biología.

La primera estaba descartada, la segunda tenía que ver con el manejo de recursos naturales, pero sobre todo elegí ese camino porque me gustó el modelo educativo, por la pertenencia a la comunidad con la que me había encariñado. Conocimos zonas pesqueras y estuvimos con pescadores, áreas cañeras, zonas desérticas, la costa de Baja California siempre con proyectos que integraban la relación de las comunidades con los recursos naturales, cuando todavía la palabra sustentable no flotaba en el discurso mundial y cuando una Secretaría del Medio Ambiente era un horizonte lejano.

Cuento todo esto porque una universidad, tomes las decisiones que tomes después de haber estudiado, cincela y sensibiliza tu relación con la materia de



estudio y con la realidad que te rodea; te confronta también con tu verdadera vocación.

A las primeras generaciones nos hermana el asombro y el estreno de un proyecto singular y una juventud llena de energía que se hacía de una postura crítica y propositiva frente a la sociedad a la que ingresaría para edificar caminos, equívocos y aciertos, andar, acumular años y poder mirar con nostalgia el fantasma de aquellos "gallineros" donde depositamos nuestra confianza para for-

marnos como universitarios.

Ser estudiante es un privilegio, ser primera generación de una universidad que nació bien, que ha madurado por su propio derecho y que no ha padecido improvisaciones políticas.

Tan de vanguardia es la UAM, que el propio logo se sostiene con una modernidad que me sigue llevando a tener la camiseta puesta. Lástima que ya no puedo encestar por "Las ranas", aunque al escribir lo sigo intentando.